



GUÍA DO PEREGRINO.2

Reflexións para vivir o
Ano Xubilar da Franqueira

Peregrinar a un Santuario de la Virgen

+ Carlos Amigo Vallejo,

Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla.

Dios está de una manera particular en este lugar. Así lo siente el peregrino y lo vive y lo siente en todo aquello que envuelve ese espacio privilegiado de lo religioso que es el santuario. Se siente acogido e invitado a celebrar la fiesta en una fraternidad distinta y nueva. Es lugar santo en el que el Señor, la Madre de Dios y los santos hacen de su casa en el que uno se encuentra a gusto con su familia y donde experimenta la grandeza de la misericordiosa bondad de Dios.

El santuario de la tierra enseguida hace subir y elevarse al santuario del cielo, donde vive Dios y la Virgen María. La palabra que se escucha en este lugar, los sacramentos que se reciben, la oración que se eleva y la caridad que se practica llevan al encuentro con el Señor todo poderoso. Y todo en un ambiente santo y festivo.

El santuario es mucho más que una edificación y entorno geográfico, tiene una dimensión trascendente y espiritual y habla con un lenguaje que la gente sencilla comprende perfectamente. Es un espacio vivo, con particularidades emocionales y culturales que se vive en más allá, incluso, de la presencia del santuario.

La mayor parte de los santuarios más conocidos están dedicados a la Santísima Virgen María. En ellos se vive en la forma particular la acogida de la hospitalidad que ofrece siempre la madre. Se acude al santuario para verle a Ella. Y se hace con devoción de imitar su ejemplo y virtud.

La peregrinación

El peregrino cristiano tiene el convencimiento de que el Señor y la Santísima Virgen María caminan a su lado. Es un momento de gracia para convertir el corazón y retornar a su lado. Para el cristiano, la peregrinación es también común encuentro con su propia realidad de un extranjero en este mundo y que sabe muy bien que su casa está en la vida futura. El de Dios es un pueblo caminante. Caminar con Dios para encontrarse con Dios.

La peregrinación, no obliga a salir del propio espacio exterior, sino también del recinto de la propia interioridad, quizás dominado por la indiferencia o el olvido. Se emprende el camino del encuentro, aunque los convencimientos religiosos estén un tanto adormecidos. El retorno a una vida evangélica será el mejor criterio para evaluar la autenticidad de la peregrinación.



La imagen.

Podríamos recordar ahora los versos de Paul Claudel: “Es mediodía. Veo la Iglesia abierta. Tengo que entrar. Madre de Jesucristo, yo no vengo a rezar. no tengo nada que ofrecer, y nada que rogarte. Sólo he venido, Madre, para mirarte”. (*La Virgen a mediodía*).

En todo aquello que hace relación al santuario y la peregrinación está siempre presente la imagen del Señor, de la Virgen María, del Apóstol o del Santo al que se quiere venerar. La imagen es algo más, mucho más que una simple escultura. La imagen “habla”, se mete por los ojos y llega al corazón y lo que parece una figura es una presencia viva. Lo artístico llevado a la hermosura completa; el simbolismo al encuentro con el misterio.

El hombre necesita ver y sentir. Así lo entiende Dios y envía a su hijo. Dios se reviste de lo sensible, de la humanidad y hace comprender, por medio de los sentidos, que en él estaba la mano de Dios. La imagen es una manera de hablarnos, enseña a ver a Dios en el rostro humano de Cristo. La veneración de la imagen es inseparable de la fe en el misterio del Verbo encarnado.

El hombre que contempla la imagen debe transformarse en imagen de Cristo. La imagen hace que llegue el sonido de la palabra y la palabra convierte el corazón. La imagen es la voz, pero solamente Cristo es la Palabra. Cuando ha llegado el conocimiento de la palabra, la imagen se desvanece para quedar únicamente el misterio que la imagen representa.

Una devoción sincera.

La mayor parte de los santuarios están dedicados a alguna advocación de la Santísima Virgen María, bajo títulos muy diferentes. Al nombre de María, madre de Dios, se congrega el pueblo. Una devoción sincera y arraigada, con expresiones muy hermosas y títulos tan entrañables como variados.

No se concibe una peregrinación sin la Eucaristía. Es el manantial y al cumbre, el fundamento y a apoteosis del misterio de Dios realizado en Jesucristo. La celebración de la eucaristía al llegar al santuario es como sentarse con al familia trinitaria de Dios y celebrar juntos la gran fiesta religiosa.

El pueblo, guiado por sus pastores, escucha la palabra de Dios, celebra los sacramentos, practica la caridad. Es decir, que el pueblo se autoevangeliza, en esta peculiar escuela de santuarios y peregrinaciones, donde se aprende a ser cristiano. Un instrumento catequético de notable importancia que hace resonar el mensaje evangélico en la imagen, signos, adornos, celebraciones, ...

La peregrinación ayuda a valorarse como cristiano y a desear vivir en coherencia con la fe y la caridad fraterna, participando en la ayuda a los demás, tanto de forma individual, como en obras institucionales de asistencia a los necesitados.

Un aspecto importante, dentro de lo religioso, es todo lo que se refiere a la familia. Si la familia no ha podido venir con el peregrino, se recuerdan permanentemente su ausencia pareciendo que falta algo esencial en el camino. Se desea tener cerca a la familia, se recuerdan a los que están lejos y se pide por los que murieron.

La peregrinación ayuda a descubrir la verdadera vocación cristiana como tránsito por este mundo haciendo el bien. La experiencia de la fraternidad del camino y la alegría del encuentro, el servicio recíproco y la aproximación a Dios dejan una huella imborrable. El encuentro con tantos hombres y mujeres de la misma fe hace que despierte una devoción quizá olvidada y que se fortalezca la creencia religiosa. El peregrino se convierte en testigo de Cristo, y se siente el deseo de comunicarlo a los demás la experiencia que el sentido en el camino y el encuentro en el santuario.



La mayor parte de los santuario, y entre los más famosos del mundo, son los que están dedicados a la santísima Virgen María. Con muchos títulos y advocaciones y expresando un sincero y único amor a la madre de Dios en sus misterios más grandes. Son expresión del amor misericordioso que lleva a tomar conciencia de las graves situaciones en las que tantas veces se encuentra el corazón de los hombres, de los enfermos y de los pecadores que acuden confiados a la mediación de María.

Un santuario de María en un icono precioso y concreto, como señal a través de la cual se realiza, en la fe, una especie de contacto espiritual con el misterio que, en alguna manera, hace presente. Cuando una imagen es antigua y ha tenido parte en la vida y en la historia de un pueblo, tanto mayor es la gracia que de ello se deriva (Juan Pablo II en el VII centenario de Loreto)

Así lo hemos vivido, ¡tantas veces! En la peregrinación y el encuentro con la Madre de Dios en el santuario de Nosa señora da Franqueira.

+ Carlos Amigo Vallejo,
Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla.

